EL MOVIMIENTO POETICO DE «PIEDRA Y CIELO»

POR

JAIME GARCIA MAFFLA

Universidad Javeriana

Cuando, en su hora, hacia el primer tercio de la década de los años treinta, entraron al escenario de la vida cultural colombiana los poetas que habrían de integrar el llamado grupo de «Piedra y Cielo», se hizo patente un rompimiento, de nítida voz, que era renovación y era una apertura hacia la libertad; se trataba de algo como una corriente cristalina abriéndose paso en las aguas, empozadas ya, de la todavía vigente y aún reverenciada inclinación modernista con lo que ella, para entonces, significaba de rigidez y vacuidad, de lastre tanto en el terreno de las formas poéticas como en el espacio vital. Alzaban ellos, pues, su primer canto ante unos oídos moldeados por las maneras y figuras clásicas, dispuestas en ordenada y ritual imaginería, que identificaban la cultura nacional (salvadas ciertas sensibilidades de excepción, que serían las que en algo habrían de abrirles el camino, así fuera lateral e insularmente). El mismo gesto humano de los nuevos poetas era un contraste vivo, su carácter y su aspiración intelectual que podrían situarse sinceramente como alejados de lo académico y por lo cual, sobraría decirlo (y ciertamente acompañados de una original magia), se vieron nimbados de un cierto halo de escándalo. Chocaban con los afectos y las figuras consagradas, aunque en su primer impulso no figurara el escandalizar, a la manera o en el sentido de los poetas de las corrientes de vanguardia tanto de Europa como de Hispanoamérica, en cuyas obras y actitud encontrarían algún viento feliz que impulsó su velamen. En cuanto a esto, casi más que de un paso hacia adelante dado por los poetas de «Piedra y Cielo» habría que hablar del anquilosamiento de Colombia, el empobrecimiento de su vida espiritual.

Pero el paso fue dado, y no exento de audacia o de valor, y entre sus

cualidades estuvo la de inaugurar una imagen diversa para la persona misma del poeta y su lugar entre la sociedad, un más exclusivo radio de acción, que, por lo mismo, se hacía más exigente, hecho de selección y de contemporaneidad. Por ello hacían su aparición, dentro de la convención del ámbito, como un grupo sin raíces, y no sólo esto, sino que en algo estaban traicionando el pensamiento tradicional, el ser de una cultura, su querencia y costumbre. De ahí su actualidad y su futuro, hechos de ligereza y con ojos que buscaban o entreveían ya cielos distintos.

¿Qué traían en sus manos, ellos todos y en su conjunto, sin excepción? En primer término, una noción nueva de la creación, la gracia de crear poesía, vista como vuelo y entrega. Ser creadores y únicamente ello, habitantes de su cielo, uno que va poblándose y en la más sutil forma, de sustancias ideales. Luego de esta toma de posesión del acto creador, vino la relación con el poema, ahora y por ellos convertido en un ser diferente que vino a revelarse como el suscitador primario de la emoción, su portador privilegiado por encima del mundo. A partir de «Piedra y Cielo» el poema es el campo de acción en el cual están exclusivamente puestas en juego las facultades del poeta, el ejercicio tanto de su invención como de su visión, al par que la palabra de arcilla se convierte en materia preciosa. Con ellos, la palabra resucita y el término creación fue por primera vez entre nosotros sinónimo de hallazgo y alegría.

Era el lenguaje del poema el que hacía su llegada, en su círculo único y excluyente, de elevación tanto como de exploración. Y junto con el valor, el reconocimiento de su ser, el lugar o las virtudes del poema vino con ellos la noción en una obra a cuyo servicio está puesta la vida, por ellos dibujada y destinada. Aunque sin grandes semejanzas, estaría aquí la aproximación máxima a las vanguardias y por ello en sus inicios la composición fue para ellos gozo, consagración en ademán entero y exaltado, exaltante, lejos de la cultura como lo pretendía la Colombia eterna. Y algo más hay de profunda trascendencia, y es que con ellos se puso de presente no sólo el hecho de que por encima de todo está la conciencia artística, sino que el poeta es el generador de su propia conciencia; por esto, más que de una libertad conseguida habría que hablar, con «Piedra y Cielo», de una soberanía; la autonomía interior, que no dependía ya de autoridades. No se trataba, pues, ahora, como era costumbre, del colombiano que por serlo en perfección hace poemas, sino del hombre que busca configurarse gracias a la poesía, en ella y por ella, empeñando su esfuerzo y sus aptitudes todas, todos sus instantes, en la arquitectura de un universo poético. Al menos éste es el punto de partida, la figura inicial que los hizo augurales. Si su impulso tuvo o no buen destino es asunto distinto: lucidez acerca del instante creador y de lo que la creación es fren-

te a lo real, del ser del poeta, de su figura en medio de los otros y de la resonancia de su voz y emoción.

Decíamos que, a los ojos de la vida colombiana o de su cultura tradicional, el movimiento de «Piedra y Cielo» se presentó como algo no raizal, acaso estereotipado y por lo mismo efímero, inconsciente de su aire y esclavo de su vuelo. Creeríamos que fueron vistos como unos jóvenes iconoclastas, siendo que para esas fechas en nuestro suelo sería peor ser joven que ser iconoclasta, y en este sentido la resonancia cultural tiene el mismo valor que la de las posibilidades poéticas. A estas últimas estaban consagrados, eran su opción e incorporaron recursos desconocidos a la pasada y pesada poesía escrita en Colombia. De ellos, el primero, la metáfora, con lo que no sólo para la emoción, sino para la imaginación, representa, así como para la vida del poeta, y la capacidad que tienen las palabras de entrar en un diálogo musical para despertar la emoción lírica más depurada, aquella que puede permitirse sobrepasar las funciones primarias del lenguaje, dejar atrás el contenido, para abocarse al puro acento o conquistar lo lúdico, aquí sí en un alarde, dado por todos auténticamente, de maestría, finura e instinto.

Otro rasgo de este grupo, y al cual cuánto le debe la poesía posterior, es la ausencia de lo inmediato y de lo espontáneo, en busca de una más depurada naturalidad y en la conquista, en forma ya de escuela e incorporada a la historia, de los ritmos internos de la estrofa para, tras superarla, encontrar el organismo total del poema. Y desde un distinto ángulo, la inspiración, con estos poetas, dejó de estar cifrada en el instante mismo del corazón, hecha de su latido, para convertirse en una tensión alimentada permanentemente y aun por vías racionales, aun estando lejos del poema, al cual en todos los casos se llegó dentro de la más absoluta limpieza, en una línea tanto perfecta como ágil y esbelta. Cada palabra en los poemas de «Piedra y Cielo» tiene su justificación, superando con ello el defecto mayor de la porción más vasta de la poesía escrita en Colombia en el pasado: la convencionalidad y el recurso retórico. Por esto en ellos la aventura vino a ser tanto de la palabra y del espíritu como de la mirada, respecto de la cual vendría una cualidad más, la aproximación a lo inconsciente, el lugar que fijaron a los sueños y la iluminación que éstos dieron a la vigilia.

Respecto del lenguaje del poema y de las formas de la emoción, quisieron acercar uno y otras a las nociones de la poesía pura, transmutando en el mayor grado la anécdota, desvaneciéndola aunque al mismo tiempo llegara casi a favorecerse en exceso lo ingenioso, que aquí habría que mirarlo en su sentido positivo de inauguración y de desnudamiento, en ese gran esfuerzo que significó «Piedra y Cielo» por liberar al verso del tema

para ahondar así en la emoción, aun hacerla, una emoción que exigía al lector en lo que sí puede considerarse como un enfrentamiento con el pasado. En estos dos terrenos se dieron su más profunda acción y su más eficaz triunfo, el vuelco a la poesía escrita en Colombia, con lo cual le sería dado casi por vez primera (salvo los tres, acaso cuatro nombres clásicos) salir de sus fronteras. Por ello el lugar privilegiado que se le dio a la metaforización, lugar que era el del más firme suelo gracias a la convicción que invariablemente (y con el tiempo inalterablemente) presidió el acto creador en cada uno de ellos: creencia en la intemporalidad de la poesía, en su capacidad de eternización y en que en efecto es la actividad más elevada del espíritu. Uno de ellos, para nuestro propósito importa poco quién, dijo: «La palabra poética es nuestra inventada eternidad.»

Tengo en mis manos el volumen 22 de la *Biblioteca colombiana de cultura (colección popular)*, editado en el año 1972 por el Instituto Colombiano de Cultura, y consagrado, precisamente, a reeditar los cuadernos de «Piedra y Cielo», esa inicial publicación que agrupara los poetas del movimiento. Lo primero que es preciso subrayar es el sentimiento de compañía y comunicación; dan nombre a una de las generaciones que en Colombia, al menos en lo que va corrido de este siglo (pues el Nadaísmo no puede considerarse como un movimiento generacional, sino como una escuela), se ha presentado como la de mayor unidad, cohesión, coherencia y continuidad, casi hermandad. Y a este respecto habría un mérito distinto, el de la imagen generacional con su triple significado social, vital y espiritual. Los cuadernos vieron la luz en el año 1939, y en ellos fueron editados los siguientes poemarios: *La ciudad sumergida*, de Jorge Rojas; *Territorio amoroso*, de Carlos Martín; *Presagio del amor*, de Arturo Camacho Ramírez; *Seis elegías y un himno*, de Eduardo Carranza; *Regreso de la muerte*, de Tomás Vargas Osorio; *El ángel desalado*, de Gerardo Valencia, y *Habitantes de su imagen*, de Darío Samper. Siete cuadernos, siete nombres; la nómina parecería completa, acaso con la excepción de Antonio Llanos. Sus voces son disímiles, pues en rigor no se trata de un movimiento, sino de una generación, a pesar de lo cual los lazos que unen esas obras son claros y profundos; no importan las variaciones en el afecto o en los motivos sobre los cuales habrán de edificar sus obras, se mueven sobre un mismo suelo firme y ante sus ojos se alza un muy semejante paisaje interior. Lo que varía son las soluciones.

Abriendo el volumen hay un breve texto, una presentación o saludo, la iluminación de una senda tanto como de quienes por ella transitan. Data de la época y dice: «Un día cualquiera, de súbito y sin proyecto que asegurara su vuelo sobre el mundo, aparte de su propio empeño —saeta

de aventura igual que la poesía—, pensamos echar estos cuadernos a la calle para decirle a los hombres ciegos nuestra entrañable verdad. Creemos en la poesía. Respiramos su imponderable materia y transitamos su misterioso rumbo. Queremos reflejar claramente sobre el huidizo espejo del tiempo cuanto de eterno ha dejado entre nosotros su duro mandato y tremenda predestinación.» Continúa: «Esa nuestra empresa espiritual que iniciamos hoy con este primer cuaderno de 'Piedra y Cielo', a golpes de alma y canto pasaremos el círculo que nos encierra porque ya es hora de que nuestra poesía sea sopesada y medida y se lance resueltamente a la conquista de sus ocultas y permanentes minorías.» Y concluye: «El logro de nuestro intento marcaría la anunciación del canto.»

Texto tan breve anuncia no solamente qué será, sino resume ya qué fue el grupo de «Piedra y Cielo», y es necesario desgranarlo. En primer término, el sentimiento del riesgo y no obstante el lance de la consagración, la desprotección de la poesía que se convierte al mismo tiempo en refugio último y único, empeño sostenido nada más por sí mismo. La poesía es como una aventura y delante de ella está el mundo como lo distinto, se enfrenta a la vida cotidiana y al hombre que la prefigura: diferencia esencial entre poesía y realidad, entre acto poético y oficio de vivir, con el desdeñoso calificativo de «ciego» al hombre de la calle, sin ojos para lo interior o superior, que es hacia donde los del poeta se han vuelto, aunque se nos dice igualmente que el poeta no tiene una verdad suya, propia y única, sino que es entrañable, esto es, humana y de todos. Y al lado de esto, el acto poético como un acto de fe, de comunicación con lo desconocido e igualmente una necesidad de eternidad, en esta idea de predestinación que aproxima la poesía a lo religioso.

Pero aquello que con mayor constancia se pone de presente en la obra de los poetas de «Piedra y Cielo» es el mundo, del cual se hace exaltación y dignificación, en sus figuras de la mayor depuración o condensación, dimensión interior y hermosura, sobre las cuales se deposita el estremecimiento y en las cuales se busca toda posible intensidad humana. De los títulos de esos cuadernos iniciales surge invariablemente la alusión a un paisaje de ensueño e imprecisión, a algo que es incorpóreo, que va o viene de un más allá sobre el cual las palabras no ejercen su dominio, lo entrevisto, anhelado o rozado, asido apenas o hace poco dejado, tal vez ya abandonado. Son títulos (y lo serán las obras todas) nostálgicos, más propios de la aspiración que de su cumplimiento, las ajustadas y precisas piezas de un ideal, que salen de la niebla o a ella van. Y junto con el mundo, la presencia primera es el amor (acariciado siempre por la muerte) y de lo femenino, aunque la voz de estos poetas iría con los años profundizando cada vez más hasta dar en lo temporal y ya concreto. Pero

desde sus inicios estuvo rodeada por el aire, cuyo color ha sido el predilecto de los simbolistas: el azul. Y en un ofrecimiento al trabajo poético que nítidamente llegó a dibujar la figura del creador en medio de sus semejantes: entrega a la poesía y vida por la poesía, fue su mensaje, pasión por la poesía que es vocación, en el valor de la relación entre el poeta y el poema. El oficio sobre una esencia y desde un alma.